

LA MALLA DE CRISTAL: ACTIVIDAD POLÍTICA Y VIDA DE LAS COMUNISTAS ANDALUZAS EN LA CLANDESTINIDAD DE LOS AÑOS CUARENTA

Inmaculada Cordero Olivero
Encarnación Lemus López

1. *Las fuentes orales*

El presente trabajo analiza el compromiso con el PCE de un grupo de mujeres andaluzas en la postguerra. Hemos entrevistado a tres de ellas: Carmen Gómez Ruiz, malagueña, nacida en 1913, su compromiso político arranca de la República. Eduarda Vega Sánchez, nacida en 1920 en Campillo de Arenas en Jaén, vinculada a las JSU durante la República, miliciana, llegó a Sevilla para estar junto a su marido que cumplía condena en el campo de Los Mirinales en La Corchuela de Sevilla por su actividad política, se instaló en Dos Hermanas y ayudó a construir el PCE de esa localidad sevillana. Realizamos, asimismo, la entrevista de Antonia Peña — nacida de familia jornalera de Guadahortuna, Jaén — no porque fuera una destacada activista como pudieran haberlo sido las dos primeras citadas, sino porque durante más de sesenta años convivió con un hombre del Partido; podríamos decir que se casó con el Partido: el incógnito, las largas desapariciones mientras sus hijos eran pequeños, la cárcel por complicidad formaron el marco de este ingrato matrimonio. Al realizar la entrevista de Julián Pérez Morante, secretario general del Regional de Andalucía entre 1947 y 1948, nos pareció fundamental conocer cómo vivió su mujer el papel segundón de forzosa compañera en aquellos avatares.

Tras cumplir condena, Carmen Gómez Ruiz emigró, a través de Francia, con pasaporte falso a Londres, vivió después en París y regresó a España a finales de los años sesenta. Ha sido entrevistada en el domicilio de Málaga, su ciudad natal, a donde regresó ya iniciada la Transición. Eduarda Vega Sánchez pasó legalmente a Francia, su entrevista se desar-

rolló en su actual domicilio de Aubervilliers, en la región parisina, al igual que la de Antonia Peña, en Bry sur Marne, quien en 1954, caminando furtivamente, cruzó la frontera con Francia. Carmen Gómez Ruiz fue ya entrevistada por otros historiadores con anterioridad; por el contrario, las experiencias de Eduarda y Antonia nunca habían sido registradas y reaccionaron con sorpresa ante la propuesta.

Como tantas veces se ha puesto de manifiesto en las reflexiones sobre la naturaleza de la entrevista en la historia oral, el hecho de haber trabajado sobre mujeres ha facilitado que se entre con naturalidad en planos cercanos a la introspección, en la valoración de detalles de la vida cotidiana, de los sentimientos, en la descripción de los vínculos familiares y de vecindad. Es decir, a pesar de tratarse esencialmente de entrevistas dirigidas al análisis de la actividad política no hemos encontrado ningún tabú al penetrar en el ámbito personal.

Incorporamos complementariamente la experiencia de otras mujeres cuya actividad y cuyo compromiso surgen a medida que vamos reconstruyendo por procedimientos diversos la vida de la oposición en la inmediata postguerra, entre ellas Carmen Díaz y Margarita Sánchez, quienes quedaron integradas en el Regional y cuyas reseñas biográficas aparecerán insertas más adelante, al hilo de la narración.

En conjunto, si tuviéramos que caracterizar globalmente cuál es el modelo de la militante, encontraríamos que suelen ser mujeres de procedencia social baja y con poca formación. En nuestro análisis, sin embargo, al interesarnos por la militancia en la postguerra, constatamos que no son tan jóvenes como en la Resistencia europea, porque, como iniciaron su vinculación durante la República o la Guerra Civil, llevan ya unos años en la organización y por ello no es extraño, tampoco, que tengan hijos o comprobamos que aumentan su carga familiar a pesar de la lucha clandestina.

Por último, nuestra labor al confeccionar este análisis ha sido más bien una tarea de selección y ordenación; acudimos asiduamente a insertar fragmentos de las conversaciones, porque preferimos facilitar el acceso directo a las fuentes — de hecho ya han sido necesariamente desvirtuadas en el proceso de la transcripción — y, además, porque creemos que esas palabras son las más apropiadas y, al fin, las más sinceras; aun querríamos ir más allá y dejar escuchar los sonidos que todavía oímos en nuestra memoria.

2. Cómo entran en contacto con el Partido

Detectamos en la vinculación de estas mujeres al PCE la consecuencia de una experiencia compleja: en muchos casos no se han educado en ambientes de izquierdas ni anticlericales, la militancia es en ellas una

decisión personal determinada por la constatación de la miseria que rodea la vida de los trabajadores de cuyo medio provienen; pero sobre todo depende del descubrimiento de la militancia en el círculo de su sociabilidad, con frecuencia existe, además, un componente afectivo muy fuerte que llega a terminar en una relación de pareja en nuestros casos muy estable.

A Eduarda Vega Sánchez, que a los doce años trabajaba como criada en Jaén, le reñían las mujeres porque *hablaba* con Antonio de Dios Melo (conocido por Severo Ruiz Cobo), que era, según decían, «comunista»; entonces fue la primera vez que ella escuchó esa palabra y no sabía qué podía ser aquello, así que decidió preguntárselo a su amigo, que tenía entonces 17 años. Él se echó a reír y comenzó a explicarle que ser comunista consistía en: «estar en desacuerdo con que su padre trabajara de sol a sol en la tierra y que apenas le alcanzara para comer»; con que «hubiera tantas diferencias entre los pobres y los ricos», con que ella tuviera que «levantarse aún de noche para preparar los desayunos de otros...». Aquellas fueron las primeras explicaciones políticas que ella escuchó en su vida y, poco a poco, sus experiencias la convencieron de que su novio estaba en lo cierto y de que había que «organizarse para desterrar la injusticia».

Para apartarla de esas amistades, sus padres la hicieron regresar a casa, a su pueblo, y la tenían vigilada, su novio fue incluso a visitarla pero no les dejaron verse. La anécdota de la separación es interesante porque, en ese tiempo, Eduarda comenzó a aprender a escribir: ella no había ido al colegio pero la más pequeña de sus nueve hermanos sí y en las siestas, a escondidas, le enseñaba las letras, que ella intentaba aprender para poder comunicarse con su novio. Este rasgo dibuja un comportamiento también observado en otros casos, la necesidad de alfabetizarse ya adultas para mitigar el efecto de la separación de los seres queridos o, en otros casos, para poder ser más eficaz en la militancia.

Finalmente, convenció a sus padres de que aquel enamoramiento se le había *pasado* y nuevamente se *marchó a servir* a Jaén. Los domingos se reunía con otras criadas, se paseaban por la plaza de Santa Marta, por La Carrera... hablaban de «sus cosas», pero siguió viendo a Antonio y ella misma comenzó a tratar con sus compañeras de la realidad social que las rodeaba. Recuerda el primer domingo que no se levantó para ir a misa: ciertamente aunque no sea éste propiamente un acto político, sí que podríamos hacer arrancar de aquí, por el significado rupturista que encierra, en relación con su procedencia familiar y cultural; se trató de una decisión definitiva. Con esas otras muchachas, se «apuntó» a la Juventud Socialista Unificada y las tardes de los domingos, cerca del castillo, en la calle Zumbajarro, tres o cuatro jóvenes, criadas como ellas, asistían a reuniones donde los líderes de las Juventudes — hombres y también algunas mujeres — les enseñaban «por qué luchaba la clase

obrero». De ahí pasó al Partido, y cuando estalló la guerra se fue de miliciana en la misma compañía que su novio y trabajó en un hospital de campaña del Socorro Rojo en el área de Montoro, Villa del Río, Bujalance, Porcuna y el santuario de la Virgen de la Cabeza. En el hospital seguía asistiendo a las reuniones de la UGT y del PCE. Desarrolló siempre una militancia de base.

La experiencia de Carmen Ruiz Gómez es distinta: su vinculación a Luis Campos Osaba, Secretario de Propaganda del Comité Regional de Andalucía en 1947, es posterior a su compromiso político y además se produce ya en la postguerra — mientras que ella había apoyado abiertamente la causa republicana tanto en Málaga como en Tánger, a donde logró escapar una vez que las tropas de Franco entraron en aquella plaza —. Se terminan emparejando después de que le tocara reiteradamente *comunicar* con él, que hacía de enlace con las guerrillas de la sierra granadina. Pertenece a una familia republicana; como ella indica, en 1936 había ganado unas oposiciones para Hacienda y trabajaba como funcionaria, en Aragón, pero la sublevación la sorprendió en Málaga y hubo de permanecer allí, de forma que comenzó a trabajar para el Comité Permanente de Enlace y la destinaron al departamento del Partido Comunista con el que selló su compromiso definitivo. Ha tenido tres procesos, tras los dos primeros le cayeron ocho años de condena en la cárcel de Málaga, de los que cumplió cuatro y medio. Después fue detenida en Sevilla junto a su marido. Estuvo en la cárcel de Sevilla y de nuevo en la de Málaga. Posteriormente, ha dedicado su vida a restituir el buen nombre de su marido, el citado Luis Campos Osaba, condecorado en Francia con la legión de honor por su heroísmo en la resistencia contra el nazismo.

Antonia Sánchez Peña era natural de Guadahortuna, un pequeño pueblo serrano del norte de la provincia de Granada rozando la de Jaén. Durante la República, casi todos los jóvenes del pueblo, los hijos de jornaleros y los pequeños agricultores, se hicieron de las Juventudes. En su casa, una familia de jornaleros, no había tenido ningún contacto con la política, pero su novio, Julián Pérez Morante, se había convertido en el secretario de las Juventudes locales; él sí procedía de una familia vinculada a la Federación de Trabajadores de la Tierra. Antonia había asistido durante unos años a la escuela unitaria de niñas del pueblo y siempre había trabajado: en la casa y en el campo, en la aceituna... desde que supo obedecer. En Guadahortuna funcionaba una Asociación de Mujeres Socialistas, que organizaba charlas y conferencias, de la que ella formaba parte, aunque no jugó ningún papel destacado. La única actuación señalada que recuerda es la de la presentación imprevista de un conferenciante en un acto de la Casa del Pueblo, cuando, habiéndole fallado la memoria a la presentadora, se arrancó ella misma y terminó ante el público. Aún recita ufana la frase aprendida con la que zanjó su intervención:

Camaradas y amigos: yo desearía el poder daros un discurso pero mi poca incultura (sic) me lo impide, tengo el honor de presentaros al compañero Núñez, porque la señora Carmen no ha podido continuar y salgo yo en su plaza.

En suma, las motivaciones afectivas y familiares proporcionan la razón más frecuente en la asunción del compromiso con la actividad clandestina, esto es algo que confirma un modelo de comportamiento: «le poids des valeurs familiales s'exprime particulièrement par le fait que près d'une fois sur deux l'exemple du père, du mari, du frère ou des parents sert à justifier l'entrée»¹. No obstante, en ocasiones se considera consecuencia de un sentimiento de solidaridad, una conciencia antifascista o el deseo de preservar la libertad.

Tras la derrota, cada trayectoria fue distinta, pero el desgarró que estas mujeres vivieron fue paralelo. Comienza con la represión en los primeros momentos de la detención, en los pueblos los jóvenes falangistas las buscaban en sus casas y las encerraban. No quieren olvidar la vejación ni la indignidad, obligadas a desnudarse en los interrogatorios, los *pelaos*, el ricino, los *paseos* y, por supuesto, los golpes.

[Eduarda]: A mí me dieron aceite de ricino, pero yo les dije:

— antes de tomarlo lo prueba usted.

— pues la pelaremos.

— pues me pelan.

— ¿no te va a dar vergüenza? Te paseará una pareja de civiles por todo el pueblo; se reirán de ti; los chiquillos te tirarán piedras y las mujeres se asomarán a la puerta.

— No le va a dar vergüenza porque no la tiene.

— Me daría vergüenza que venga y me pele a mí a quien yo haya pelao, pero cuando los chiquillos se rían, volveré mi cara muy descubierta, y diré para que veáis que es verdad que los fascistas pelan... y no se diga que eso es una propaganda roja. Yo misma no me lo creía.

Las pelaron a ella y a su hermana: «ponían a mi padre a un lado y a mi madre a otro, para que nos vieran pelar». Yannick Ripa en un artículo sobre la violencia contra la mujer ha desentrañado el significado de ese estigma:

[En la postguerra] la tonte est alors semblable à la marque du forçat, [...] elle marginalise celles qui, par contrainte, exhibent leurs crânes mis à nus. Cette marginalisation peut être locale: la traque à la repousse des cheveux rappelle à la mémoire du voisinage la position republicaine du temps de la guerre [...] mais la tonte appartient aussi à une marginalisation nationale, planifiée, que le maintien des solidarités republicaines impose au franquisme².

1. F. Maerten, *La Résistance, facteur d'émancipation des femmes? Le cas du Hainaut*, en "Cahiers Histoire Temps Présent", 1994, n. 4, pp. 173-206.

2. R. Yannic, *La tonte purificatrice des républicaines pendant la guerre civile espa-*

De esa experiencia, pasan a la cárcel. Las narraciones se vuelven sórdidas. En el convento de Santa Clara de Jaén, convertido en cárcel de mujeres, se hacinaban más de quinientas presas, no había humanamente sitio pero seguían llegando otras. En la misma nave permanecían de noche y de día. De noche, cortaban el agua y como cenaban un arenque y una naranja, «se morían de sed». Disponían de una baldosa y media para extender el petate cada noche, para salir al baño había que pisar a las otras, las degradaba la falta de limpieza, todas estaban infectadas de piojo y de sarna... Lo peor: las llamadas nocturnas para los fusilamientos, la noche se rasgaba con el filo de los gritos y las bocas amargaban con la impotencia, ni siquiera quedaba el odio.

[Eduarda] Cantábamos: ‘Por la mañana tocan diana a las seis, nos levantamos al tropel, ya huele a sopa cuartelera, no hay mas remedio que comer’. Sin duda, el humor resulta ser un firme aliado de la vida.

Las monjas hacían funciones de carceleras y hasta la obligación de ir forzosamente a rezar el rosario podía convertirse en un rito represivo en unos casos mientras que, por el contrario, en otros, el castigo implicaba el quedar privada — ante la acusación de comunista y atea — del recogimiento en la iglesia de la cárcel, tal como lo sintió Carmen Ruiz en su segundo procesamiento en Sevilla: «No me dejaron ir a misa en todo el año [...], me quedaba sola y no me dejaban. Así que luego no quise ir. Lo pasé muy mal en Sevilla». No obstante, el más claro ejemplo de cómo pudo ser utilizada la privación del consuelo religioso se halla en la situación que narra Antonia Peña. Finalizada la guerra, muere una hija de algo más de dos años:

[...] Y la niña se fue.
No tenía quien la llevara al cementerio, entonces vino mi cuñada, yo le puse en la cara un pañuelo en el que le había bordado el nombre de su padre; vinieron mis cuñadas y viendo que no venía nadie, la llevaron al cementerio, pero no venía nadie a enterrarla, ni el cura, y fueron al Ayuntamiento. Allí les dijeron que la niña no la querían enterrar dentro del cementerio, porque era hija de un criminal. Pero había allí alguien que era bueno y les dijo que la niña era un angelito y que si el padre había hecho algo, ella no y así [luego de discutirlo] la enterraron dentro.

El enterrar a una criatura fuera del cementerio — «con los perros» — significa la proscripción máxima y, además, *ad aeternum*. Carmen Gómez precisa que en la cárcel de Ceuta, el Zarchal, que era preventiva, mientras se veía el proceso, había unas ciento cincuenta

gnole, en F. Rouquet et D. Voldman (dir.), *Identités féminines et violence politiques*. “Cahiers de l’IHTP”, Paris, 1995, n. 31, pp. 39-51.

mujeres; como presas políticas comunistas había un grupo de unas diez o doce. «Éramos un grupo muy joven y preparadas: Virginia [no recuerda el apellido], Pilar Aguilar, Antonia Gómez, Isabel Fernández, Amalia Guerrero Lemos, María Guirao, Pura Aznar, Ana Rodríguez Gutiérrez, Isabel Jiménez alias *Pepita* y Juanita Corzo Sanmiguel, secretaria de Dolores Ibárruri cuando los sucesos de Asturias» — había entre ellas una maestra, una enfermera, una telefonista. De Málaga, donde cumplió condena, precisa que en la cárcel había unas tres mil mujeres, ya todas juntas, y se decía que no había políticas, pero las que lo eran estaban concienciadas y, cuando en una inspección o visita política oían eso, daban un paso al frente declarándose así. Luego las castigaban duramente, pero «en un sitio así la vida se valora poco», hay que entender el acto como un rito de autorrefuerzo y de comunión entre las políticas.

Pero incluso en la cárcel, el Partido comienza a funcionar y en ese Partido subterráneo de los años cuarenta la mujer era clave; tal vez porque se trataba tan sólo de sobrevivir y la alianza de la mujer con la supervivencia es fortísima — por ejemplo, mientras se veía su causa, Carmen Gómez estuvo recluida en la cárcel de mujeres de Ceuta, un sótano con suelo de terrizo, y estaba aislada, no obstante, reconoce que no guarda del todo un mal recuerdo porque, «la cárcel está en la playa, y yo pasaba mucho tiempo mirando el mar, veía unas puestas de sol preciosas»; no sabía aún qué podía pasar con ella tras el juicio — y, sobre todo, porque la concepción de *lo femenino* en el conservadurismo fascista hacía de la mujer una víctima menos sospechosa. Esa concepción de la diferencia de sexos determina por igual el ámbito que la mujer va a ocupar en la clandestinidad en los países del entorno y ha sido también puesto de manifiesto por P. Schwartz para Francia y por S. Bartoloni para Italia³.

3. *La versatilidad de funciones desarrolladas por la mujer*

3.1. *Mujeres dirigentes*

En 1947 Carmen Díaz, conocida como *Josefa*, formaba parte del Comité Regional de Andalucía. Ya durante la Guerra civil había sido miembro del Comité Provincial de Cartagena. Llega a Sevilla para cumplir condena y al salir, poco a poco, comienza a contactar con lo que quedaba de la organización del Partido. Como era habitual, inicialmente entró a colaborar como enlace (con ella conectó, por ejemplo, uno de nuestros principales informadores, José Cordero). Comprobada su firme-

3. P. Schwartz, *La répression des femmes communistes (1940-1944)* en F. Rouquet y D. Voldman (dir.), *op. cit.*, pp. 25-39 y S. Bartoloni, *Donne, guerra e Resistenza*, en “Italia contemporanea”, 1997-1998, n. 209-210, pp. 231-238.

za y cuando su implicación fue mayor, se la envió a Córdoba para tratar de reconstruir el Partido en aquella otra provincia. Vuelve a Sevilla, huyendo de una caída allí, en 1945. Posteriormente, ya como miembro del Regional, marcha a Málaga para coordinar la conexión con la guerrilla de Granada y Málaga. Con anterioridad, el Comité Central desde Francia había enviado al Regional de Sevilla otro miembro femenino, su nombre real era Margarita Sánchez, desconocemos su nombre de guerra y no hemos encontrado datos sobre su actividad, porque fue detenida muy pronto. En suma, entre los catorce dirigentes del Regional enviados a Sevilla entre 1939 y 1948 hubo dos mujeres.

De una recopilación muy parcial de cuadros medios que se ha podido llevar a cabo⁴, en un listado de cincuenta y siete nombres, siete corresponden a mujeres: Carmen Gómez Ruiz, Carmen Díaz, Pilar “la de Biarritz”, Carmen Navarro, Rosario González Rodríguez, Mercedes González Rodríguez y Ana Gutiérrez Rodríguez. Ya hemos indicado que Eduarda Vega, una vez que se instala en Dos Hermanas, se convirtió en un miembro muy activo de ese Comité local; la responsable de la célula de otro pueblo cercano, Morón, era también una mujer. El porcentaje de presencia no es tan pequeño, porque globalmente el principal papel desarrollado por éstas no fue el de dirigir, sino el de sustentar la infraestructura, ser el soporte del Partido y nunca como entonces se requirió la invisibilidad femenina, como el cristal, tejiendo una malla que existiera sin aparecer. Por ello, creemos enormemente valioso recuperar el dato transmitido por *Andrés* — Julián Pérez Morante — de que en 1948, cuando el Regional de Andalucía sufrió el más duro golpe represivo hasta el momento y sólo él había quedado en libertad, solicitó con urgencia al Central en París que enviara refuerzos, pero recomendando que «preferentemente» llegaran mujeres.

La anterior afirmación nos obliga a estar parcialmente en desacuerdo con una de las conclusiones del valioso artículo anteriormente citado de F. Maerten. Cuando esta investigadora analiza la posición femenina en la estructura de la Resistencia belga, precisa que en el caso de la región de Hainaut el porcentaje de presencia femenina en la organización puede estimarse con cierta versosimilitud en un 20% del total de implicados, y que la mujer ocupa niveles inferiores e intermedios en la organización jerárquica y el reparto de responsabilidades. Solamente en dos aspectos su presencia es superior a la de los hombres, en las acciones *Solidarité* y *Socrates* — en concreto, las dos únicas estructuras específicamente orientadas a sostener a los ilegales —; y también están bien representadas en los servicios de información. Por el contrario, se les encuentra

4. Debemos a José Cordero González, *El Niño*, Secretario de Organización del Comité Regional en 1949 y a su tenacidad la recuperación de una documentación muy valiosa y de una información oral imprescindible.

menos en las unidades militarizadas y en el ámbito sindical⁵. Convenimos en cada una de esas informaciones parciales:

1. la presencia de la mujer es minoritaria;
2. ocupan posiciones jerárquicas inferiores;
3. solamente sobresalen, numéricamente hablando, en las redes de información y asistencia.

No obstante, en el caso de la resistencia y la clandestinidad del PCE creemos que información y asistencia son funciones esenciales, destinadas a garantizar la supervivencia del Partido Comunista y por ello dedicamos principal atención en este artículo a desentrañar en qué consistían concretamente esas dos actividades, que hemos denominado como función de *soporte*.

3.2. *El soporte del Partido*

A grandes rasgos, podríamos desglosar el contenido de esta expresión en dos funciones, la de proporcionar una sumergida aunque tupida red de comunicación y, al tiempo, la necesidad de desarrollar una indispensable labor asistencial. Sólo el cuidadoso análisis acerca de este doble cometido nos lleva a valorar su interés.

3.2.1. *Transmisión de la información*

En cierta forma, tras la derrota, en los años álgidos de la represión, la vida del Partido se repliega hasta una situación de latencia: de un modo gráfico, podría decirse que, suprimidos los muertos, ausente el exilio, la vida interior se reparte débilmente entre las cárceles — ya indicábamos que en la cárcel se refundan las células —, los campos de trabajo, los huidos — la guerrilla — y ese resto que quedaba libre por desconocido. Pero, en cualquier caso, sólo la ocultación, física o ideológica, de la auténtica personalidad podía seguir garantizando la vida. Cada comunista, o mejor cada disidente, permanece forzosamente replegado, convertido en espina y solo. Muy, muy finos reaparecen los capilares que proporcionan la mínima cohesión vital, en el exterior y entre dentro y fuera de la cárcel: ahí estuvo la mujer.

En este sentido, algunos de los canales de información más necesarios fueron aquéllos que servían para mantener la información con los presos, los que conectaban el Comité Regional con los Provinciales y, muy primordialmente, cuantos medios fueran posibles para facilitar la información entre el Regional y el Central en Toulouse o París. La función de la mujer aparece constantemente sosteniendo cualquier punto de esa red. En el primer caso, la conexión con la cárcel, un objetivo primordial para la

5. F. Maerten, *op. cit.*, pp. 173-206.

subsistencia del Partido era conocer qué habían declarado los detenidos en los interrogatorios para salvaguardar lo que estuviera en peligro. Se pasaban así las declaraciones, avisos o noticias sobre los presos de otras cárceles y se hacían llegar también confesiones de otros presos, para, por ejemplo, saber que se podía confesar la pertenencia al Partido de una persona que ya estaba detenida o repetir información ya conocida a través de cualquier otro. Se pasaba, asimismo, información para preparar el momento del juicio. En este sentido, la narración puede ser muy práctica para ilustrar en qué consistían los *contactos*.

En 1947 detuvieron en Sevilla a Ricardo Beneyto, miembro del Comité Regional del PCE. Los responsables del Partido consideraron que era imprescindible contactar con él; esa labor la realiza Carmen Ruiz Gómez y ella cuenta cómo:

Habíamos tenido el caso de Beneyto, que a Beneyto le entrevisté yo en la cárcel y es que el oficial de Ceuta [el director de la cárcel de Ceuta con el que había hecho finalmente cierta amistad] me entero que está [destinado] en la prisión de Sevilla [...]. Me entero del domicilio y le visito a él y a su mujer; tenían seis hijos.

— Carmela! Cómo me alegro de verte!

— [...] Tengo un problema gravísimo, voy a tener un hijo de un hombre que está en la cárcel, Ricardo Beneyto, y necesito comunicar con él.

— Es imposible, está incomunicado, ni siquiera le hablan a la hora de la comida. Está totalmente incomunicado.

— Bueno, usted lo estudia porque quiero que sepa que yo espero un hijo suyo [...].

Finalmente él propone un ardid:

— Tú lo vas a llamar por otro nombre que no sea Ricardo Beneyto Sopena, lo voy a llamar por Ricardo Benítez Sánchez, ese nombre debes decir [...].

Salió al locutorio. La tarea que llevaba era que me dijera qué había confesado en los interrogatorios.

Encontramos en este comportamiento la ejemplificación de una pauta constante en las estrategias de oposición femenina. P. Schwartz comenta con cuánta frecuencia en la resistencia francesa e italiana se recurría por parte de las mujeres a desempeñar el papel de compañera sexual e informa que en el caso de ser interrogadas se les recomendaba «jugar a ser una *santita* enamorada» y describe el comportamiento de Lucie Aubriac que consiguió entrevistarse en prisión con su marido «en feignant d'être la maîtresse enceinte qui désirait régulariser la status de son futur enfant»⁶: ciertamente tal paralelismo no es casual.

6. P. Schwartz, *Résistance et différence des sexes: bilan et perspectives*, en F. Thébaud (coord), *Résistances et Libérations, France (1940-1945)*, "Clio", 1995, n. 1, pp. 67-88.

Con este Ricardo también llegó a contactar su propia mujer que vino de París, disfrazada de monja y alegando que era una sobrina; comunicó con Beneyto poco antes de que le aplicaran la pena de muerte en Granada y transmitió la información que recibió de él al Regional de Sevilla, a cuyo secretario general, Julián Pérez Morante, le traía mensajes diversos del Central de París y el encargo de que en su compañía se marchara hacia esa ciudad, como así fue. De igual forma, otras veces las veremos actuar sacando partido a su papel de madre, ya que no resulta previsible que una madre acompañada de sus hijos pequeños esté simultáneamente realizando una actividad opositora o de boicot.

La comunicación entre el Comité Regional de Andalucía y el Central de París nunca fue fluida; se establecía desde la costa de la provincia de Cádiz, vía Gibraltar, a través de Tánger o Casablanca y desde ahí ya se podía comunicar con Francia. Se trataba de una conexión fortuita y peligrosa, con frecuencia interceptada. La propia Carmen Ruiz llevó personalmente el informe recibido de Ricardo Beneyto a Casablanca, y ella misma declara que a Gibraltar, portando información, pasó muchas veces:

[Carmen] [...] Y ese informe lo llevé a Casablanca yo [...] fue una cosa atravesadísima, pero yo por el Partido no he sentido miedo, yo pasaba por Gibraltar cargada de documentación y no me pasaba nada. Había mucha gente que ponía la vida por el Partido.

De Casablanca traían documentación para Sevilla, a través de esa conexión se editaba “Mundo Obrero”. (Insistiremos posteriormente sobre la prensa). En ocasiones esa labor la hacía una mujer, la *Italiana*:

[Carmen] Había que traer y llevar informes y la mandaron a ella, la detuvieron y la liquidaron; llevaba en un libro escrito varios nombres y entre ellos el de mi hermana; la detuvieron y estaba en el banco [trabajaba en el Banco Central] y gracias al director pudo salvarse. Yo a mi familia la he hecho mucho sufrir pero como yo digo no es culpa mía, es del franquismo.

Los procedimientos para transferir información no tenían, pues, más límites que la imaginación y el arrojo. Eduarda adquirió una amplia experiencia en este sentido; una vez libre en Jaén, se reveló como el enlace más eficaz con los presos pendientes de juicio, familiares o no. Cuando se traslada a Dos Hermanas sigue manteniendo esa función de enlace, aunque ampliando los cometidos, pues ahora se trata más bien de conectar entre sí las distintas células y establecer conexión entre Dos Hermanas y Sevilla con cualquier tipo de mensajes y procedimientos renovados. No solamente establecía contacto en su ciudad y en la estafeta de Sevilla, sino que recuerda también haber llevado documentación a Linares. Allí la recibía, igualmente, otra mujer, en la propia estación del

tren. En una ocasión, a la vuelta de uno de estos viajes, al que había ido acompañada de sus dos hijos, habían detenido a su marido en la casa de Dos Hermanas. Lo enviaron a Burgos a cumplir condena y Eduarda con sus dos hijos emigra a Barcelona, pero su implicación si cabe fue mayor; de nuevo, se ocupa de introducir información en la cárcel.

Pero su cometido de enlace no implicaba solamente la transmisión personal de información y documentos, sino igualmente el facilitar la vivienda para recibir o expedir desde allí «materiales». Eduarda, asimismo, reconoce que a todas sus casas llegaban maletas — «[...] materiales en mi casa era continuo; han ido maletas, han ido bolsos» —. En el domicilio de Barcelona, procedían de París y hasta de Rumanía.

3.2.1.1. Prensa y movilización ciudadana

Ya comprobamos que Carmen Ruiz también trabajó de enlace, pero, con independencia de esto, jugó un papel relevante en la confección y difusión de la prensa. Luis Campos Osaba y ella tenían una multicopista en una habitación alquilada en la casa número 47 de la calle Castellar — cerca del mercado de la Encarnación que era realmente donde estaba el puesto de periódicos antes citado por Eduarda —. Allí sacaban dos periódicos, *Juventud* y *Demócrito*; él redactaba y componía los originales, y ella los copiaba y hacía labores mecánicas; luego ayudaba a distribuirlos⁷. El papel lo suministraba José Mallo Fernández. Se ocupaba, y esto es importante, de sacar una hoja específica para mujeres — no recuerda el nombre —. En la entrevista se insiste en que analice la presencia de la mujer y aunque no precisa suficiente, afirma que:

Las mujeres estaban organizadas, había células por barrios, al principio, se contactaba porque eran esposas, hermanas de gentes del Partido, y después se iban conociendo otras; la idea era que se creara resistencia, que se organizaran protestas.

Precisamente, en relación con este objetivo, considera un éxito la organización de dos iniciativas ciudadanas. De la primera, apenas si recuerda los detalles, pero sí que fomentó una movilización de mujeres en protesta por la carestía de algún producto básico: arrojaron una moneda de diez céntimos al Guadalquivir, en el puerto de Sevilla. En la segun-

7. Antonieta Jarne Módol y Joan Sagués nos informan de un similar reparto de funciones entre el matrimonio Tufet-Reimundi, miembros del POUM que lograron sacar seis números de una publicación L'Espurna: «Miguel Tufet redactaba el contenido y su esposa Josepa Reimundi lo mecanografiaba». A. Jarne y J. Sagués, *Una historia oral de la Guerra Civil y la lucha clandestina en el Primer Franquismo*, en *Historia y Memoria del Franquismo, 1936-1978*, Jornadas Historia y Fuentes Orales, Actas IV Jornadas, Ávila, 1997, p. 374. Entendemos que este tipo de coincidencias sirven para ir componiendo pautas de comportamiento y que no se trata de simples coincidencias.

da ocasión, se trató de una movilización más general, pidiendo asistencia para los damnificados que habían quedado sin casa tras la inundación de populosos barrios obreros sevillanos. La importancia de este suceso es destacada — y confirmada — por otros declarantes, sobre todo porque a raíz de es momento, primavera de 1948, y aunque la policía no reprimió directamente con dureza excesiva la movilización en sí, inmediatamente inició unas pesquisas que terminaron en una importante *caída* y casi la desarticulación del Regional.

También en esta estrategia encontramos aplicadas tácticas análogas ya ensayadas en la Resistencia francesa y belga. Maerten informa que el Partido Comunista de Bélgica (PCB) utiliza la protesta colectiva de las mujeres para impulsar la protesta general:

Pour le PCB, et cela dès le début de l'Occupation, elles doivent faire pression sur les autorités allemandes mais aussi belges pour réclamer la libération des prisonniers et un meilleur ravitaillement [...]. En utilisant ainsi les revendications légitimes des femmes, les communistes comptent, sans doute, obtenir un certain nombre de concessions matérielles [...]⁸.

3.2.1.2. *Conexión con la guerrilla*

Más arriba había indicado cómo Carmen Díaz (*Josefa*) había viajado a Málaga para relacionarse con las guerrillas. El contacto de las mujeres con las guerrillas no era un hecho excepcional. Carmen Ruiz Gómez cuenta que la cárcel de Málaga estaba llenas de campesinas encerradas por ayudar a la guerrilla: «llegaban camiones enteros con mujeres desde quince a ochenta años» que auxiliaban a los *rehuítos* con comida, lavándoles la ropa, o ayudándoles a esconderse, les hacían en los campos una especie de madrigueras con ramas y zarzas. «Caían familias enteras», se les descubría porque, por ejemplo, «compraban más pan que el corriente». Precisamente así comienza su relación con Luis Campos:

[...] los [clandestinos] de Argelia vinieron en cajones [*containers*], él [Luis] entra de otra forma, desde Francia. Lo mandan a Andalucía a organizar las guerrillas, a la sierra, [se instala en Málaga]. Dentro de la cárcel, estaba la lucha guerrillera, había muchas mujeres presas, había que saber qué es lo que habían declarado [...] intentaba sacar la información a la calle [...] Cuando salgo sigo haciendo el contacto con él.

Ella misma estuvo una semana con la guerrilla en la sierra de Granada, y durante ese tiempo no pudo comer: «Yo misma fui a llevar una bandera bordada con la hoz y el martillo y armas en una maleta». Recuerda que había una mujer, Consuelo, que hasta empuñaba las armas.

8. F. Maerten, *op. cit.*, pp. 173-206.

Efectivamente, había mujeres entre los guerrilleros, normalmente se encontraban huidas en compañía del compañero o cualquier otro familiar, pero no era esto lo más frecuente — las mujeres no solían estar en los comandos de sabotajes que implicaran violencia —, sino el que la mujer, principalmente las campesinas, diera cobertura a la guerrilla de mil formas, porque las conexiones podían desembocar en las situaciones más novelescas:

[Carmen] Una de Jaén había tenido un niño y el marido estaba *rehuíto* y la Guardia Civil le preguntaba que de quién era y la sacaron al hospital y allí el marido [que era realmente el padre] fue a verla vestido de cura.

El tema del apoyo a la guerrilla es demasiado intenso y complejo como para bosquejarlo en estos cuatro párrafos porque, desde muchos pueblos y desde muchas casas y cortijos, se siguió apoyando a estos hombres para quienes la Guerra Civil aún no había terminado. De hecho, las tres entrevistadas recuerdan haber colaborado personalmente con las guerrillas. Cuando Julián Pérez Morante — *Andrés* — acudió a la llamada del Central a París, en octubre de 1948, Antonia Sánchez, con dos hijos en este mundo y embarazada de un tercero, quedó recogida en casa de unos camaradas, la Patrocinio; a través de uno de los hijos de esta familia existía el contacto que permitían las circunstancias entre el Regional y un grupo guerrillero. Ese domicilio estaba en San José de la Rinconada, un pueblo cercano a Sevilla capital. Allí Antonia ayudó a otras mujeres que confeccionaban pellizas para los guerrilleros. Asimismo, en otro pueblo cercano, Dos Hermanas, describe Eduarda que:

Había dos asistentes en la carretera general y eran dos hermanas que estaban juntas y buscaban un hermano que estaba en la sierra y luego se vino, [...] había confianza para si tenía que dejarle una cosa. Hicieron en la mesa camilla, hicieron un agujero muy hondo, en la tierra, para que cogiera un cuerpo, por si llegaba la guardia civil — a mi también me ha pasado en Barcelona que llegaba la guardia civil a las dos de la mañana —, dos o tres veces le cogieron allí y tuvieron que meterlo en el agujero. Eran dos mujeres excelentes.

Allí también, Dolores la *Pachocha*, «una camarada muy buena», conoció y ocultaba en su casa a

uno que venía de la guerrilla, Paco, le llamábamos *Tufillo*, [...] esta muchacha, él quería que se juntara con él, pero ella no quiso [porque estaba enferma]. [...] Un día se presentó en mi casa, traía más hambre... Yo sólo tenía un huevo y a una vecina, que también ha muerto, tenía a mi hijo como si fuera suyo, le dije: dame un cachito de pan y se lo di a él, yo no había comido. Me dijo yo no soy Paco, me llaman así, no me dijo cómo se llamaba de verdad [...] al final me contó que él estaba casado... su mujer estaba en Moscú con dos hijos, por la Cruz Roja mandó pedir información pero no sabía nada.

Tantas vidas girando.

En todos estos casos se estaba prestando apoyo desde lugares lejanos a las sierras por donde actuaba el maquis; luego, los tentáculos de la resistencia parecen estar muy extendidos, pero en cualquier caso, como reconoce H. Diamond, en este tipo de apoyo resultaba vital que se diera la sensación de que no sucedía nada excepcional, que la oposición se adaptara a la vida cotidiana: «cette vie clandestine était soutenue par des femmes que assuraient l'intendance, tout en continuant de mener leur vie normalement, du moins en apparence [...]»⁹.

3.2.2. *Labor asistencial*

En un intento de estructurar claramente la versatilidad del compromiso femenino con el PCE en la clandestinidad, advertíamos anteriormente la diversidad de ocupaciones, presentadas en conjunto bajo el genérico denominador de labor asistencial. Entre esta profusión de servicios, grandes y pequeños, todos ellos indispensables, acertamos a ordenar ciertos bloques: en primer lugar, algo así como una primera asistencia legal y, además, el apoyo psicológico a los presos, el facilitar lugares seguros — casas — y, como no, la asistencia o ayuda mutua propiamente dicha.

3.2.2.1. *Asistencia legal*

Hemos denominado así a diversas acciones, que a juicio de las entrevistadas, resultaron fundamentales pero que, no obstante, apenas han recibido atención por parte de los investigadores. Se trata de las infinitas actuaciones que las mujeres llevaron a cabo para garantizar un mejor juicio, o bien, interceder para conseguir salvar la vida o una reducción de pena de los comunistas encarcelados. Se movilizaron para hablar ante todo tipo de jerarquía: las autoridades militares, las religiosas, los mandos de Falange, los jueces, los administradores de las cárceles. Tanto Carmen como Eduarda se involucraron en estas responsabilidades principalmente en Sevilla, y no sólo en defensa de sus propios familiares sino en auxilio de otros camaradas. Se trataba de ir «a hablar con el capitán general», «pleitear», de «escribir cartas», de buscar testigos que intervinieran en los juicios a favor del encausado, o de conseguir firmas de personas bien vistas en el nuevo régimen, que avalaran las declaraciones de los necesitados. Había que mover el corazón de familiares o antiguos conocidos, situados en el bando de los ganadores, de agenciarse el apoyo de cualquiera que pudiera interceder... El cuadro de las mujeres — viudas o a punto de serlo — con sus hijos podía resultar desolador, y el Partido lo sabía.

9. H. Diamond, *Liberation! Quelle Liberation? L'expérience des femmes toulousaines*, en "Clio", 1995, n. 1, pp. 89-109.

Habitualmente este convencimiento — ante jueces, militares, personal de administración, firmas, testigos, etc. — se conseguía previo pago (y no era un servicio barato), como también se podía comprar el permiso para *comunicar*. Las familias gastaron lo que no tenían, las más de las veces sin éxito.

3.2.2.2. *Apoyo psicológico*

En los momentos más duros de la represión, los comunistas no escatimaron la asistencia y los cuidados psicológicos a los presos, proporcionándoles atenciones y afectos, a la vez que les confortaron con cuidados materiales. El sentido era ése, confortarlos en lo que pudieran, ayudarles a sobrellevar el infortunio y a resistir. Era importante que alguien les llevara alguna comida o les lavara la ropa — Eduarda en el campo de trabajo de Los Mirinales, en la Corchuela (Sevilla), lavaba la ropa de tres presos, además de la de su marido —; que pudieran hablar, *comunicar*, con una mujer... En la Corchuela, por este procedimiento se formaron bastantes parejas. Allí conoció, Lolita, una maestra comunista de Dos Hermanas, a su marido; sin ir más lejos, ella tenía una hermana,

[Eduarda] muy joven, se puso novia con un preso, iba a comunicar con él, le lavaba la ropa, dentro del campo tenía una responsabilidad en el Partido, se llamaba *Paquito*. Iba a comunicar con él y se llegaron a poner novios. Ella se llamaba Vicenta y el novio Paco.

Desembocamos, una vez más, en la fusión entre la red de vínculos afectivos y la del compromiso político; la casuística sobre esto parece inagotable: Carmen Díaz/*Josefa* que durante la República había estado casada con el Secretario del PCE de Cartagena, y a quien hemos visto convertirse en miembro del Regional de Andalucía, terminó ligada a otro de los miembros del Regional, Corento, conocido como *Eduardo*. Del mismo modo, Margarita Sánchez, que llegó desde Madrid a Sevilla enviada desde el Comité Central del Partido en Francia, era novia de otro miembro del Partido, cuyo objetivo había sido el de abrir una emisora de radio clandestina, propósito que no pudo cumplir porque fue detenido en la misma *caída* que Ricardo Beneyto, anteriormente citada.

3.2.2.3. *Lugares seguros*

El Partido necesitaba lugares seguros para las reuniones, para la prensa, para recoger la documentación. Aunque la mayor parte de los enlaces y reuniones de células se celebraran en lugares públicos — las plazas más transitadas, los jardines, las estaciones de tren o autobuses, los bares..., en esta Andalucía de noches calurosas, incluso, al frescor y la penumbra de un cine de verano —, la intimidad de los lugares más reser-

vados era forzosamente necesaria y aquí también se hallaba la mujer, porque — y Eduarda lo explica certeramente:

Lo decisivo es que había muchos comunistas, pero sólo eran realmente seguras aquellas casas en las que también la mujer fuera del Partido, porque sólo así se podía evitar que saliera cualquier información.

El sigilo de las casas dependía de las mujeres, pues. Eduarda reconoce que su domicilio de Dos Hermanas se empleó a fondo hasta *quemarlo*. Anteriormente la oíamos hablar del trasiego de documentación, lo mismo sucedía con los camaradas y, de hecho, llegó a resultar indiscreto; por allí recuerda el paso reiterado de Miguel Caballero o Grimáu — enlaces con el Central de París —. Pero llegó el momento en que ya no pudo ser y otra mujer, citada con anterioridad, Dolores la *Pachocha*, proporcionó la alternativa, una huerta casi en el centro de la población:

En esa huerta, para que mi casa no estuviera tan quemada, muchas veces los camaradas [la usaban] para dejar las maletas [...] a la muchacha la conocía todo el mundo [...] allí se presentaron Julián y Severo, [...] allí también estuvo Grimáu [...].

[cuando conoció a Julián], Severo ya había empezado a juntar gente, había ya dos o tres, de verdad sólo sé Agustín..., había otro se llamaba de alias Luis, la huerta ha servido para muchas, para muchas reuniones. El otro sitio era la parada de Los Amarillos [una línea de autobuses], nos sentábamos así, allí delante de los civiles y [cuando pasaban] cambiábamos la conversación para que no nos oyeran.

El personaje citado, Julián, es precisamente Julián Pérez Morante — *Andrés* —, el marido de Antonia. Las casas donde se recibía a los comunistas aparecen de continuo en las conversaciones. La misma Antonia informa que, cuando se marchó Julián a Francia, se quedó primero en una casa ya citada, la de Patrocinio, y después en la de Conchita Bejarano, otra comunista; a ella la conocían como la *prima*, porque cuando alguien preguntaba por qué había forasteros en la casa se justificaba que eran parientes, *primos*.

3.2.2.4. *El auxilio*

Y más que nada, las comunistas encontraban en sí mismas, en el grupo, la asistencia, la ayuda mutua, y solamente así se puede explicar, a veces, la supervivencia. En medio de la miseria general y de la proscripción que rodeaba a alguien sobre quien recayera la menor sospecha de ser *rojo*, tan sólo el colchón de auxilio que proporcionaba el Partido permitía, en el mejor de los casos, resistir; a ello acudían la familia de un preso o los enfermos, estrechándose más un círculo propio de solidari-

dad, de credo y de clase¹⁰. Cargadas de hijos, con billetes de caridad, unas mujeres buscaban a otras en las mismas circunstancias para viajar juntas — con *medios billetes de caridad* — y asistir a los juicios y las visitas — el día de La Merced, por ejemplo —, a Madrid, a Burgos... El mal trago compartido estrechaba la complicidad y el desahogo. Sin duda un buen ejemplo de cómo se va tejiendo esta red de solidaridad vecinal/partidista es el siguiente:

Cuando estuve enferma, la maestra tenía sus obligaciones y la hermanamle ayudaba [...]. Sabía que su marido era camarada, un hermano de ésa también *cayó* con mi marido, también estuvo en Madrid, se llamaba Frutos *el del Grajo*, la hermana se llamaba Jesús, era mujer pero la llamaban así, vivía en la calle del Pinar, se podía con ella se podía, ya la conocía [...].

Nos llega también la información de algunas iniciativas promovidas por las mujeres para proporcionar ayuda económica a los camaradas más necesitados. Con tal propósito se organizaron rifas y el sistema de sellos. En las primeras, se trataba de que algún artesano del Partido elaborase un producto (en el ejemplo narrado consistía en una par de zapatos) que sería objeto de una rifa, cuyos boletos se adquirían en algún bar o tienda entre los simpatizantes y los trabajadores, con la necesaria discreción. Los sellos eran los *sellos de los presos*, efectivamente consistían en unas cartillitas que se sellaban previo pago de la aportación de algunos céntimos, que se destinaba finalmente al alivio de los presos o sus familias. Se trataba en ambos casos de procederles ilegales y penalizables.

Parece banal insistir en que, en el interior de las cárceles, los hilos de solidaridad que hemos visto entrecruzarse en el exterior se anudan más, si cabe: Carmen recuerda que en Málaga, su ciudad, la madre y la hermana le llevaban alimentos, y ella les pedía un guiso para sus compañeras que no tenían a nadie cercano. Ese sentido de comunidad, emergente a flor de piel, defiende contra el horror:

[Estaban todas las presas hacinadas en una enorme nave] [...] la noche que sacaron [para ajusticiarla] a la madre de la chica esa fue un drama, nos dijeron que si iban a poner una ametralladora y nos iban a matar a todas, aquella chica gritaba..., entraron los porristas [...]. D^a Lola Castillo... era guapa, la mujer [...], todo el mundo la ayudaba, [...] la noche que la sacaron yo me iba a morir, desde entonces tengo mis nervios, se ponía: «no llorar, no llorar que yo me voy satisfecha», nos tiraba besos.

10. Es interesante comprobar cómo esta relación entre oposición y solidaridad ha sido recogida en Italia para una región de marcada tradición comunista como la Emilia-Romaña: «Quel filo rosso, in grado di congiungere passato e presente, in Emilia-Romagna ha trovato il suo alimento nella solidarietà espressa dalla famiglia e dalla comunità riunite attorno al borgo», S. Bartoloni, *op. cit.*, pp. 231-238.

Negaban a la muerte con el cariño y también con otros lazos irracionales que nos atan a la vida porque sí: «nos reíamos porque como éramos jóvenes; hacíamos teatro, corridas de toro, labores de pañitos de punto». Y por supuesto, en ese contexto, la solidaridad alcanzaba a todas las presas:

[Carmen] Teníamos la misión de enseñar a la gente a leer y a escribir, a las campesinas, a leer, y también la higiene, no se lavaban [...]. La labor se hacía con dificultades porque nos decían que eso era hacer política, es verdad que hacíamos nuestra labor [ideológica]. Pero luego, cuando salían muchas volvían y nos traían cosas.

4. Conclusiones

Hemos indagado la función desempeñada por la mujer en la oposición clandestina al franquismo. Partíamos de la convicción de que es la propia condición femenina la que este tipo de comunista ofrecía al partido. En cierta forma, esa condición, la naturaleza femenina, explica muchas de las similitudes halladas con el fenómeno cronológicamente paralelo de la Resistencia europea.

A través del análisis de las misiones por ellas desempeñadas, hemos profundizado en el porqué de la vinculación, y, en definitiva, hemos intentado preservar toda su complejidad, destacando el sentido plural e, incluso, contradictorio de los sentimientos y motivaciones ideológicas. Como hemos afirmado en más de una ocasión, creemos que solamente el empleo de la fuente oral, por la espontaneidad que conlleva y su riqueza de matices, permite que este género de experiencias se integre como componente activo para construir una multipolar memoria colectiva. En este sentido, deseáramos haber llevado a la práctica una parte de la función que según R. Méyer corresponde al historiador:

de lo que se trata es de escuchar las subjetividades alternativas, revalorar las condiciones, los hechos y las circunstancias, a fin de procesar las memorias individuales y colectivas, sus usos políticos, y lanzarnos a la hazaña de seguir creando, permanentemente, una historia en movimiento, en tanto que es y sigue siendo una disciplina humanística¹¹.

Por otra parte, la comparación con otros ejemplos de clandestinidad en el contexto de la Segunda Guerra Mundial ha servido para enriquecer la visión de esta estrategia opositora. Se han ido señalado las múltiples

11. R. Méyer, *Deconstrucción de la memoria, construcción de la historia* en "Historia, Antropología y Fuentes Orales", 1998, n. 19, *Más allá de la imagen*, pp. 127-136.

coincidencias en cuanto al tipo de mujer — principalmente joven, con escasa formación y procedencia social trabajadora —; en el destacado peso que las conexiones personales tienen al explicar la inmersión en la clandestinidad; y, de forma especial, un similar reparto de roles entre los dos sexos, tanto hacia dentro de la organización clandestina como desde el punto de vista del poder autoritario, por ello, los papeles de compañera y madre surgen como la mejor cobertura:

mais la plupart des résistants pouvaient passer inaperçues puis que leur rôle consistait en tâches traditionnelles féminines de bienveillance, d'entraide, de recherche de nourriture ou travaux de secrétariat, bien qu'une petite minorité ait porté des armes et participé aux sabotages¹².

No obstante, entre las varias similitudes, en el caso de las comunistas españolas creemos que las funciones de contacto e información, asistencia, intendencia, sostenimiento de la guerrilla, apoyo psicológico y el proporcionar lugares seguros no constituyen un conjunto de funciones subsidiarias, sino que, terminada la guerra, con la mayoría de los varones en el exilio o en la cárcel, le mujer se convirtió en el soporte del Partido Comunista y de su compromiso dependió la supervivencia.

En cuanto a la relación de la oposición clandestina femenina con el movimiento feminista de toma de conciencia de la mujer y su liberación de estados dependencia, lo que precisamente ha significado el feminismo en esta segunda mitad del siglo, no es posible establecer proceso comparativo alguno entre la historia vivida en España y lo transcurrido más allá de su frontera, porque la dictadura marcó una insalvable diferencia. Es cierto que la lucha clandestina produjo una mujer de carácter fuerte y luchadora por la reconquista de los derechos políticos, pero, a nuestro parecer ni se concibió ni se buscó con esta actitud de enfrentamiento una vía para la liberación social femenina en general.

12. H. Diamond, *op. cit.*, pp. 89-109.